

Desmontando un prólogo

Por Sonia Barba
Directora del Prostíbulo Poético

Cuando alguien tiene claros los términos, posee la facultad de utilizarlos adecuadamente. Aquellos que escuchan pueden confiar, estar tranquilos, entregarse.

Es verano. Soy una persona afortunada. Disfruto de unos días alejada del centro de la ciudad, los compromisos, las entregas a tiempo, las reuniones, el horario lectivo y los eventos. Si aguzo el oído, casi puedo escuchar el batir de las olas a pocos metros de aquí. Tecleo, excitada, golpeando levemente las letras de este portátil nuevo, limpio, reluciente, recién estrenado. Excitante, como todos los principios. Puedo fantasear con todo lo que me ocurrirá junto a él, lo que escribiré, las facturas que emitiré, los documentos que descargaré, las series que veré, hasta dónde llegaré.

El lenguaje crea realidades. Posibilita la formulación de preguntas y respuestas. La lingüística es la estructura del saber, de la conciencia y del razonamiento. El lenguaje es el lugar de lo humano, en él vivimos, nos movemos, somos, nos relacionamos, nos compartimos.

El brillo del PC me trae a la memoria la sala vip del club al que me invitaron el otro día, desde donde la noche se veía más clara; y la vida, más luminosa. Todo invitaba a moverse dejando que el cuerpo tomara las riendas, que el sonido invadiera cada átomo, que el sudor dejara de ser sofocante y pasara a ponerse de mi lado, intensificando el ritmo de la respiración para desentrañar su naturaleza feroz, bestial.

Las redes sociales, internet y la telefonía móvil nos empujan a convertirnos en altavoces de nuestro propio lenguaje, a elevar nuestro volumen, cada uno el suyo, a difundirlo, más alto, con mayor alcance, a mayor distancia. Todo el mundo puede hacerlo. Las realidades se multiplican. La información comienza a enmascararse.

Las contraventanas de madera están abiertas, permiten que la luz entre en el cuarto. Estoy sentada en la cama, con la espalda recostada contra una montaña de almohadas mullidas, redondas, hinchadas, confortables. Sigo tecleando sin parar. Releo y tecleo, releo y tecleo, releo y tecleo. Todo está ahí. El viento se cuele en la habitación, es agradable, es justo lo que necesitaba. Doy un trago al vermut seco y frío, me muerdo la punta del dedo corazón, muevo mi lengua contra su huella trazando pequeños círculos.

Los hombres y mujeres de la Liga de la Ley y el Orden intentan imponer una única frecuencia. El ruido es atronador. La discrepancia invade. La confusión reina. En un mundo en el que ya no te puedes fiar de lo que escuchas, ni tampoco de lo que ves, solo puedes fiarte de lo que sientes.

Escribo. Sigo escribiendo por un rato. Manteniendo la luz del teclado viva. Sabiendo todo lo que, para ti, vendrá después. Las palabras de Laura Morán, su conocimiento científico, que transfiere como un beso. Un flujo de información que facilita nuevos pensamientos, limpios, relucientes, recién estrenados, excitantes.

El libro que tienes en tus manos sabe acariciar, susurrar al oído, abrir los cajones de tu memoria. Desmonta estructuras impuestas, ensancha el mundo, permite a quien lo lee expandirse a su placer, a su libre albedrío. Confiere realidad a cuestiones que hasta ahora, puede que para ti, no hayan podido llegar a ser imaginables, por falta de información, temor o confusión, tales como que no hay una sexualidad completa, sino sexualidades múltiples; o que la sexualidad está para disfrutarla, y no para cumplirla; o que, cuando se alcanza el orgasmo, prácticamente todas las partes del cerebro se iluminan

como un árbol de Navidad, independientemente de tu identidad sexual o de género; o que la vagina es un espacio virtual.

Cuando hayas acabado de leer este libro, te percatarás de que en la realidad cabe todo, porque el lenguaje crea la realidad. Y ahora que tú tienes claros los términos, por fin posees la capacidad de utilizarlos adecuadamente, y así granjearte la confianza de quien te escuche, que lo hará con tranquilidad y entrega.

Por mi parte, continuaré con la íntima rutina de escribir. Una acción en la que confío, pues reduce mi incertidumbre, y de la que me gustaría seguir disfrutando hasta que este teclado se convierta en un acompañante sucio, opaco y estropeado. Una pieza de valor arqueológico. Un oscuro objeto de deseo.